

CICLO DE ENCUENTROS
“TRAYECTORIAS”
María Rosa Neufeld

Entrevista realizada por Soledad Gesteira,
Mercedes Hirsch y
Soledad Torres Agüero



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el Ciclo de Encuentros “Trayectorias”¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina. Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a María Rosa Neufeld, realizada durante el año 2012³.

María Rosa Neufeld nació en Buenos Aires en 1941. Es licenciada en Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Letras (1967), UBA. Cursó los seminarios de la Maestría Tutorial en Ciencias Sociales (FLACSO, 1982-1984) y realizó una breve estancia de intercambio de investigación y docencia en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales (1992). Actualmente se desempeña como Profesora Titular Consulta de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Ha dictado y dicta seminarios de posgrado, maestría y doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Francia), las universidades nacionales de Córdoba (Centro de Altos Estudios), (Centro de Estudios Avanzados) Jujuy, Entre Ríos, Rosario, La Plata, San Martín, y en las facultades de Filosofía y Letras, Psicología y Agronomía de la UBA. Dirigió nueve tesis de doctorado, tres de maestría y catorce de grado, concluidas. En la actualidad dirige a cuatro tesis de maestría y doctorado, y a dos investigadoras asistentes de CONICET.

Nací aquí en Buenos Aires en una casa en donde hasta que entré a la escuela primaria hablábamos fundamentalmente en alemán. Mi papá era alemán, había emigrado forzosamente de Alemania por su condición de judío, mi mamá era argentina, pero en su casa en realidad también eran migrantes. La familia de mi mamá venía de Austria, de Hungría, hablaban alemán también, y cuando yo era chica en mi casa vivieron mis abuelos paternos a los cuales mi papá pudo hacer venir a la Argentina antes de que fuera imposible salir de Alemania... Es decir, realmente llegué a la escuela primaria hablando poco español, con lo cual una de las cuestiones que yo creo que son definitorias de la elección de profesión que hago después o de temáticas que hago después tuvo que ver con el haber sido objeto de distintos calificativos descalificadores vinculados con mi calidad de "gringa" en la escuela. Todavía hoy sigo trabajando sobre estas cuestiones, obviamente vinculadas no con los alemanes, sino con las personas que vienen de países limítrofes y también son objeto de descalificación. Fui a la escuela Normal 4, desde primer grado hasta quinto año, en donde me recibí de maestra. Eso también fue bastante importante. En mi casa había muchos alicientes, no exactamente para que uno estudiara Antropología, yo no sabía de la existencia de la Antropología como disciplina hasta que la descubrí en la facultad, pero mi papá que era químico, en realidad siempre hablaba de que él hubiera querido ser historiador y que no lo había sido porque él tenía que tener una profesión de

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero y ajustada a formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el presente texto presenta algunas diferencias con la entrevista en su versión audiovisual.

la cual vivir y por eso había elegido Química Farmacéutica. Mi papá me llevaba a visitar el Museo Etnográfico y en el museo nos quedábamos muchas veces mirando el altar budista que todavía hoy está en exhibición.

Y mi mamá, a quien no la habían dejado ir a la escuela secundaria "porque no era para señoritas" y que sin embargo había hecho la Escuela de Bellas Artes, iba como oyente a las clases de Historia Antigua que Rosenwasser dictaba en la Facultad de Filosofía; y en realidad con ella aprendí algo que todavía hoy me sigue fascinando y es ver los detalles de vida cotidiana en los cuadros, es decir, a tener sensibilidad para la vida cotidiana. Hubo otras cosas importantes, estoy pensando que si uno puede hablar de su infancia en muchas sintonías, estoy tratando de pensar en sintonía con lo que supuestamente nos convoca aquí. Hubo otras cuestiones importantes, tuve una profesora de historia en tercer año que decía que no nos teníamos que creer lo que decían los textos. Y, entonces, me enseñó de la existencia de la Biblioteca Nacional y que uno en la Biblioteca Nacional podía encontrar los periódicos de época. En tercer año se estudiaba historia argentina, entonces, ahí descubrí que podía acceder a la Gaceta de Buenos Aires, ya no me acuerdo bien cómo se llamaba, y aprendí a pedir periódicos, a pedir documentos en una biblioteca, eso fue muy importante. Cuando terminé quinto año, ya tenía novio. Mi novio era Ariel que es mi actual pareja. Él me rescató de varias cosas, por ejemplo, de la tontería de ser la mejor alumna, yo era abanderada hasta que lo conocí. Eso también fue muy bueno. Lo problemático de Ariel era que estudiaba Teología en esa época. Era estudiante de Teología y luego fue pastor de la Iglesia Metodista. Yo nunca dejé de ser atea, nos caminamos toda la ciudad de Buenos Aires discutiendo. Y bueno, de alguna manera entré en la facultad.

"Me enganché con algo de Oscar Lewis, que decía que la antropología debía ser la voz de los sin voz"

En los comienzos de la facultad, me resultó muy importante cursar Historia Social General, la dictaba José Luis Romero que era un extraordinario profesor. Compartí con mi papá los libros que yo iba utilizando, mantuve de ahí hasta que mi papá murió un vínculo inesperado en el cual lo que yo sentía es que quizás podía salvar esa brecha, esas cosas que uno se imagina, de lo que él no había podido hacer porque había estudiado Farmacia. En ese primer año cursé como materia optativa Introducción a la Antropología. Esto fue decisivo porque al mismo tiempo yo había empezado a explorar las materias de la carrera que había elegido, había elegido inicialmente la carrera de Historia: comencé a cursar Antiguo Oriente, había que memorizar, memorizar, memorizar, no me gustó nada... dejé de cursarla; exploré Historia Clásica 2, que correspondía a Grecia y Roma, también había que poder dar cuenta de las batallas, no era esa la promesa de Historia Social y no era lo que me interesaba. Entonces, en ese momento de decepción, aparece Introducción a la Antropología, que en realidad estaba bastante mal dictada también, es decir, si uno mira retrospectivamente, sí recuerdo que me enganché con algo que decía Enrique Palavecino que era

uno de los docentes, que citaba a Oscar Lewis, que decía que la antropología debía ser la voz de los sin voz, la voz de los subalternos; obviamente, no usaba la palabra “subalternos”, es la palabra que estoy poniendo yo ahora y el código en el cual yo lo decodificaba. Y entonces decidí entrar a Antropología. Esto fue un tema en mi familia. Y en este momento me refiero no a mi familia estricta, sino a mi familia ampliada, especialmente a lo que existía de ella, que era mi familia materna. No conté hasta ahora un pequeño detalle de mi vida y es que mi abuelo materno había creado una editorial que producía textos que durante unas cuantas décadas hegemonizó, junto con otra más que era Estrada, la producción de libros escolares de lectura. Y esto hacía que estas dos editoriales, Estrada por un lado, Kapelusz por el otro, tuvieran tanta llegada a los distintos lugares de la Argentina como lo tenía la escuela. La editorial estaba en la misma cuadra del Museo Etnográfico, con lo cual había una situación de proximidad, no siempre agradable para una joven, entre el lugar en donde estaba atrincherada su familia y el lugar de la “libertad”, que es el de la universidad. Ya mi familia materna se había expresado negativamente acerca de mis sucesivas elecciones profesionales. Yo era la segunda en edades de los nietos, mi abuelo el creador de la editorial había muerto cuando yo era chica, la editorial estaba en manos de uno de mis tíos, y él opinaba que lo que yo debería haber hecho era estudiar Ciencias Económicas. En realidad, visto retrospectivamente, no le faltaba razón porque en la época de la hiperinflación del ‘89, la editorial quebró; si hubiera habido ahí alguien capaz de sumar dos más dos, quizás no lo hubiera hecho, aunque yo creo más en las razones estructurales que empujan los destinos más particulares. Pero, bueno, yo no estudié Ciencias Económicas, no me quedé en Historia, seguí camino a Antropología.

Entré en el año ‘58 a la facultad, en el año ‘59 estaba en Antropología. Ese segundo año, cuando entré a la carrera, lo viví como una especie de revelaciones sucesivas, una tuvo que ver con la militancia estudiantil. En el museo pasaban muchas cosas, cosas que tenían que ver con el afecto, con el compañerismo, con las malas materias, las materias de Antropología eran muy malas, se salvaba lo que dictaba Bórmida y las demás eran penosas, había que buscar aire fuera de ahí de alguna manera. Muchos de nosotros buscamos aire en la facultad, en las posibilidades formales y no formales que había de cursada. Estaba Sociología y Psicología en la facultad y se podían cursar optativas, así que yo hice algunas psicologías junto con Ariel, que a todo esto estaba estudiando Psicología, y cursé muchas sociologías, hice muchas más materias de las que rendí. Pero terminé de cursarlas, luego muchas nos las rendí, pero me abrieron la cabeza.

“Descubrimos que Menghin había sido Ministro de Educación de Austria en el momento del nazismo... Este era nuestro profesor de Prehistoria”

El primer año abría a una cantidad de materias, muchas de las cuales se estaban dictando por primera vez en la facultad y estas materias sí eran muy buenas: Introducción a la Filosofía, Introducción a la Literatura, Introducción a la Historia, y se podían hacer otras introductorias como Antropología que ahí

fue donde la conocí. Había muchas materias de Arqueología muy mal dictadas, es decir, dictadas en términos clásicos. Aquello de lo cual yo había escapado de la carrera de Historia, se reproducía en Antropología. Menghin dictaba Prehistoria del Viejo Mundo que aprendí cuidadosamente de memoria, hasta hace algunos años todavía me acordaba de los yacimientos de Asia Menor de memoria, por suerte lo olvidé, porque ocupa lugar... Todo eso estaba muy mal dictado. Había una Antropología Física que dictaba Bórmida que era prolija como las cosas que hacía él, había también una Etnología General que dictaba él que era una muy buena materia, era la buena materia. Había unas materias que solamente se podían dar libres, era lo único que merecían, que eran los folclores. Cortazar, una persona reconocida por muchos, daba algo así como una especie de extracto del estructural-funcionalismo aplicado a cuestiones locales. Había un personaje patético llamado Vivante que era general o algo así del Ejército de Salvación, que daba alguno de estos folclores también, todo eso lo di libre. Y había un grupo de estudiantes que, visto retrospectivamente, no eran tanto más grandes que nosotros, pero en ese momento nos parecían enormes, es decir que había una distancia sideral, Eduardo Menéndez, Mirtha Lischetti, Santiago Bilbao, Blas Alberti, que habían iniciado la lucha por la transformación de la carrera, por la transformación del plan de estudios. ¿Qué cosas se jugaban en ese momento? Al interior de la carrera de Antropología esta cuestión de la reforma del plan de estudios, pero que yo creo que iba mucho más allá que una reforma de un plan de estudios y que iba más allá de lo que en definitiva eran las posturas político-académicas que iban apareciendo con mayor definición de quienes eran nuestros profesores. Estas definiciones político-académicas, en realidad, aparecen con claridad en algunos textos, es decir, la definición político-académica de Bórmida en un articulito que se publicó en *Runa* sobre la antropología y los bárbaros. La Etnología - leíamos ahí - era la ciencia que estudiaba a los bárbaros, es decir, los primitivos que estaban en proceso de extinción, por eso la Antropología debía de alguna manera recuperar lo que quedaba de esos pueblos en extinción. Ojo, Bórmida no hablaba de estas cuestiones, simplemente esto era como una especie de implícito. Él para mí no fue ni mi mentor, ni yo fui su auxiliar, nada, simplemente yo lo escuché en clase y luego leí sus cosas. Una postura algo distinta respecto de esto la tenía Enrique Palavecino, era el que daba Etnografía. Enrique Palavecino tenía una postura algo diferente, sintonizaba no con estas líneas de la escuela histórico-cultural en la que se inscribía Bórmida y Menghin, en los momentos en los que fueron mis profesores; luego Bórmida gira más hacia las posturas llamadas fenomenológicas, pero yo no sabría hablar acerca de qué pasó con él, porque ya no tuve nada más que ver con él. Bórmida era prolijo, había armado unas excelentes guías clase por clase con la bibliografía muy detallada y era bueno exponiendo, es decir, lo que uno puede llamar un modelo... el modelo francés de exposición, "voy a hablar de esto, lo desarrollo y lo cierro", una clase de él era en ese sentido perfectamente inobjetable. Con esas guías yo trabajé un año, me leí todo, estaban citados los textos en alemán de Schmidt y todos los demás plomazos de la escuela histórico-cultural, me leí todo eso, pero insólitamente, y esta es una de las cosas que dice Menéndez (que llegó a los textos de De Martino, como yo también, a través de Bórmida);

es que a través de esas guías que él armaba uno podía llegar a Thurnbull también, que había escrito una *Ekönomische Anthropologie*, o algo por el estilo, una antropología económica, descriptiva, todo lo que ustedes quieran, pero conformada teóricamente por el marxismo. Ese libro yo no lo volví a ver más... en algún momento estuvo en el museo. Aprenderse esa etnología era una manera de acceder a lo que era el material de la biblioteca del museo, que era una biblioteca en ese momento extraordinaria, absolutamente actualizada al año en el que la estábamos usando, era una biblioteca que se podía recorrer, en la que uno podía buscar los libros, hojearlos y Bórmida era una introducción a eso. En realidad, estudiar Antropología era usar esa biblioteca.

Ser representante en el Consejo Directivo de la Facultad era una cuestión muy extraña en realidad, primero porque el consejo, cosa que es una verdad de Perogrullo, tenía que ver no solamente con las cosas de la carrera de Antropología, sino con la problemática de toda la facultad. Y ahí se dirimían estas cuestiones tan espinosas en esos años como la figura muy contradictoria de Borges, profesor de literatura inglesa y al mismo tiempo un redomado conservador, y cosas por el estilo. Yo era representante estudiantil así que de eso no cuento nada más.

Pero al mismo tiempo había nexos de unión con lo que se discutía en la facultad, con lo que se discutía en la carrera de Antropología. Esa cuestión de la reforma del plan de estudios la habíamos asumido a esa altura todos como propia, porque de algún modo entre los grupos de estudio y lo que veíamos en la facultad teníamos claro que había una antropología que se metía con la propia sociedad, una antropología que abjuraba de su historia colonial, una antropología que se preocupaba por lo que en ese momento se denominaban rebeldes primitivos, estoy pensando en términos del texto de Hobsbawm⁴, que había cuestiones que no estábamos viendo, que tenían que ver con las posibilidades de rebelión, ya sea en lo imaginario, ya sea los movimientos milenaristas, de los pueblos sojuzgados por la expansión colonial. Al mismo tiempo, para mí había algunos anclajes muy personales con las cosas que veníamos discutiendo, como por ejemplo, ¿cuál fue el posicionamiento de Menghin, de Bórmida? Lo descubrí después. Pero no así cuáles eran los vínculos de Menghin con su pasado, porque al principio yo era una señorita interesante que sabía alemán, que podía traducir alemán y que era estudiante de la carrera y, entonces, Menghin entabló conmigo una cierta relación que tenía que ver con esto; es decir, yo traduje, con ayuda de mi viejo, un texto de él que se llamó en español "Los sambaquis del Brasil Sudoriental". Cuando fue a pagarme la traducción, era uno de mis primeros trabajos pagos como antropóloga, como estudiante de Antropología, me lo iba a pagar con un cheque y, entonces, nunca me voy a olvidar, en el pasillo del museo, me pregunta por mi apellido, supuestamente para escribir bien el cheque. Y, entonces, me dice "¿Neufeld, con 'dt'?", y le digo "No, Neufeld con 'd'", "¡Ah! Es judío", me dice. Lo cual a mí me dio vuelta la cabeza porque en realidad yo recién venía descubriendo algo que en mi casa estaba muy tapado y era la tremenda historia de pertenecer a una familia de apellido judío, no practicante, que había

⁴ "Rebeldes Primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales de los siglos XIX y XX", de Eric Hobsbawm (1959).

salido con suerte de Alemania, cosa que no había sido igualmente posible para todo el resto de la familia. Con lo cual, a partir de ahí, fui situándome en quién era él y en quién era yo.

Donde se junta mi historia personal, es decir, el asumir quién era yo y quién era Bórmida, con la participación en el Consejo Directivo fue en un trabajo que emprendió Daniel Hopen y al cual me convocó, y del cual yo me prendí con toda mi polenta juvenil de ese momento, y fue reconstruir quién era Menghin. Daniel Hopen tenía la posibilidad en ese momento de acceder a la documentación que había en la DAIA, la Dirección de Asociaciones Israelitas en la Argentina. Y de ahí obtuvo una serie de revistas en las cuales escribía Menghin en los años '30. Esas páginas de revista llegaron a mis manos en unas fotocopias que se sacaban en esa época, eran las primeras fotocopias, las tuve así unos años como recuerdo, pero en realidad en lo que se había convertido el recuerdo era en un borde como de material fotográfico quemado y las letras iban desapareciendo con el tiempo. Esas eran las tremendas cosas que escribía Menghin como arqueólogo, que supuestamente tenían que contribuir a situar a Alemania, es decir, situar el lugar de los arios, fundamentar la preeminencia de los arios en el dominio de Europa. Pero además lo otro que descubrimos ahí es que Menghin había sido ministro de Educación de Austria en el momento del nazismo, en el momento en que Austria fue anexada a Alemania, eso se llamó "Anschluss", anexión. Y tuvo el "honor" de firmar, no el diploma de Freud, sino de firmar la expulsión de Sigmund Freud de la Universidad de Viena. Este era nuestro profesor de Prehistoria. En realidad, ahí voy descubriendo también quién era Bórmida.

Yo di libre una materia porque había viajado con mis viejos a Europa y me perdí de cursar Antropología Social con Rubén Reina, y entonces, la preparé libre con los que la iban a rendir regular: Mirtha Lischetti y Mario Califano, que luego fue mano derecha de Bórmida. Y en la casa de Mario Califano, había encima de la mesa donde estudiábamos... Era una casa muy confortable, la mamá nos traía té, nos traía scones, las cosas que comían los estudiantes de esa época más paqueta, y encima de la mesa donde nos reuníamos a estudiar estaba la foto del *Duce*. Y entonces, una vez con toda la ingenuidad yo pregunté "¿Ese es Mussolini? ¿Y lo tenés en tu casa?". "¿Por qué no?", y dijo alguna cosa como que en la casa de otros también estaba. Con lo cual fui como haciéndome una composición de que así como Menghin tenía que ver con el nazismo, Bórmida -cuya mano derecha luego fue Califano- también tenía algún anclaje non sancto con estas cuestiones.

**"El título lo recibíamos, pero nos dábamos vuelta de un taconazo y tratábamos de dejarlo al decano con la mano tendida...
Eran los pequeños placeres de la época"**

Hubo algunos intervalos abruptos. Sucedió el año '66, ahí todavía yo no me había recibido, era ayudante concursada, ayudante alumna. El trabajo que hicimos con Daniel Hopen para documentar quién era Menghin y expulsarlo

de la universidad quedó en nada porque Bórmida se ocupó de que no avanzara en el Consejo Directivo –en el que él también tenía alguna participación, si no recuerdo mal–, y llegó la Noche de los Bastones Largos y se terminó, por supuesto, la democracia representativa en la universidad. Yo no volví a la facultad hasta el año '73. Es decir, sí me recibí, seguí cursando materias de más porque los profesores con los que yo había cursado las últimas materias, que eran materias de Sociología, habían renunciado. Los que éramos auxiliares docentes estudiantes, integramos en ese momento una asociación de docentes auxiliares con Blas Alberti, que era uno de los que la capitaneaba. Decidimos no renunciar y no reemplazar a los docentes que habían renunciado.

Después de eso vino un interregno, por llamarlo de alguna manera, complicado y creativo entre el '67, año en el que me recibí, y el '69, en el que fuimos a dar clase a Mar del Plata. Cuando nos daban el título, lo recibíamos pero nos dábamos vuelta de un taconazo y tratábamos de dejarlo al decano con la mano tendida. Después de un par de insurrectos, el decano prolijamente tenía su manito al costado. Yo fui una de las primeras que tuvo el gusto de dejarlo con la mano ahí. Eran los pequeños placeres de la época. En ese momento, hicimos cosas que recuerdo borrosamente pero como con una intensidad de cosas fundacionales para mí. Eduardo Menéndez y otros que venían del campo de la Sociología se reunían, y nos convocaron a un lugar que era de un grupo de arquitectos que se llamaba Centro del Hábitat. Allí una de las cosas que hicimos, ahí estaba Mirtha y varios otros también, era trabajar sobre esto que sabíamos que estaba sucediendo, que era la penetración norteamericana en las Ciencias Sociales. Era la época del Plan Camelot y recuerdo que trabajamos en algún intento de documentación de esto y ahí también había grupos de estudios. Estamos en el '67 al '69, después del triunfo, no habían hecho todavía diez años de la Revolución Cubana, era un momento de enorme importancia política en América Latina, el modelo de la guerrilla prende en montones de lados: prende en Perú, prende en la Argentina muy débilmente, pero prende de manera tal que sacude a la carrera de Antropología a través de la participación de algunos compañeros nuestros en la Guerrilla de Salta. Frente a esto hay dos cuestiones que suceden, que ambas competen a las Ciencias Sociales: por un lado, la Alianza para el Progreso, que fue un plan dirigido a los lugares en los cuales los movimientos armados estaban empezando a surgir. Fueron proyectos de apoyo a las poblaciones rurales para su transformación, para su modernización, con el modelo de ese momento, es decir, del desarrollo de lo rural a lo urbano; en eso trabajaban antropólogos norteamericanos, identificando cuáles eran los obstáculos para el cambio. Pero, por otro lado, estaba esto que afectaba más puntualmente a las Ciencias Sociales como el Camelot, que era una especie de fantasma precomputadoras que sobrevolaba nuestras cabezas de esa época, porque el fantasma era “todo lo que produzcas eventualmente va a ser recuperado y utilizado por los Estados Unidos en su expansión colonial”, por llamarlo de alguna manera.

**"Palavecino leyó mi trabajo [de tesis],
no lo corrigió, se murió antes...
Mi trabajo lo corrigió Bórmida y así me pude recibir"**

Para mí, el momento entre que me recibí y que volví, que tuve algún trabajo en antropología, fue como uno de esos momentos muy importantes; primero, porque creo que me diferenció para toda mi vida de lo que es la experiencia que hacen muchos ahora, estudian Antropología y encuentran trabajos de antropólogo aunque sean de baja remuneración, y yo creo que lo que descubrí en ese momento es que era una especie de manera de ver el mundo y no necesariamente o únicamente una manera de ganarse la vida. Y que tenía que ver con posicionamientos personales acerca de qué no quería hacer, es decir, yo no quería tener que ser obediente. Una de las cuestiones que hay que acordarse es que el '69 es el año del Cordobazo también. Creo que esto para mí fue lo creativo, el darme cuenta de que había cosas de la antropología que me interesaban y que me interesaban en tanto me permitían pensar críticamente muchas cosas acerca de mi lugar en la sociedad. Después le encontré palabras que no son mías, sino de Elsie Rockwell, cuando dice que el poder de la etnografía es documentar lo no documentado y lo relaciona no solamente con lo no escrito, sino con lo que no se dice de las relaciones de poder y elicitarlo. Entonces, creo que ahí encontré uno de mis anclajes, más allá de que en esos años una de las cosas que hice fue justamente trabajar en Kapelusz como documentalista, cosa que hice después durante toda la dictadura, no dejé de trabajar en eso aunque fuera con intervalos, y fue mi refugio laboral durante la dictadura, durante la última dictadura. El año '69 también era momento de dictadura, pero era lo que medio en chiste luego llamábamos una "dictablanda" comparado con la dictadura del '76-'83.

La tesis. La tesis era una tesina, era el trabajo final, se hacía como tesis, se presentaba una monografía extensa –en realidad, era muy extensa–, que era el producto de uno de los tres seminarios que se cursaban en la carrera: el seminario de Folclore, el seminario de Arqueología o el seminario de Etnología o Etnografía, que fue lo que yo elegí hacer. Mi director fue Palavecino, me dio la Guía Murdock, y yo elegí dónde trabajar. ¿Por qué elegí el Chaco? ¿Por qué elegí Quitilipi, que era una "reserva indígena" en la que había tobas, es decir, qom y mocovíes, en el Chaco, cerca de Sáenz Peña, en realidad más cerca de Machagai? Porque yo conocía una señora que trabajaba en la casa de mi mamá que era de Machagai y que me hablaba de Quitilipi, y que fue la que en realidad me hizo el primer contacto con unos maestros que formaban una Asociación de Amigos del Aborigen. La foto que está en la oficina de la facultad muestra a uno de estos maestros de la Asociación de Amigos del Aborigen dando clase en el verano a los chicos de Quitilipi, de la reserva, para que después en el año les fuera bien en la escuela. La escuela funcionaba en un edificio, en una pequeña casa en donde vivimos durante mes y medio dos compañeras, Celina Mashnshnek y Pelusa, Eliana Carreira, y Ariel. Ariel fue mi maestro de Metodología porque él sabía cómo entrevistar, eso fue mucho más útil que la Guía Murdock. La Guía Murdock de alguna manera cuadruló nuestras cabezas y por ahí todavía tengo los textos

de los registros que hacíamos a la noche en la escuela con una máquina de escribir que habíamos llevado. Teníamos dos objetos de gran tamaño: uno era la máquina de escribir y el otro era un grabador enorme, que era como una valija supuestamente portátil, que también tengo aún, que había comprado con dinero del Fondo de las Artes. Tuve un pequeño subsidio del Fondo de las Artes. Y hubo cosas muy absurdas que pasaron dentro de lo que permitía registrar la Guía Murdock. Ariel se volvió antes porque tenía que trabajar y me quedé con mis dos compañeras, yo me quedé viviendo diez días sola porque de alguna manera sentía que me faltaba algo, que lo que yo no había hecho era, digamos, la receta de Malinowski, es decir, salir de la escuela (la escuela estaba vacía, solo estábamos nosotros) y vivir con la comunidad, es decir, viví en la casa de un prosélito de un culto pentecostal, que era un qom, un toba que hablaba español. Viví esos días ahí, asistí a los cultos, y él me contó de su mamá que todavía vivía, la Cacica Dominga, que había participado de la Rebelión del '24, en la que... ¿Rebelión? La masacre del '24. Él hablaba de la Rebelión del '24, pero en realidad fue una tremenda masacre en la que el ejército engañó y asesinó a los tobas que se habían reunido en torno de un líder mesiánico, un líder carismático. Eso no entraba bien en las preguntas de la Guía Murdock, ni le interesó mucho a Palavecino, que leyó mi trabajo, no lo corrigió, se murió antes. Mi trabajo lo corrigió Bórmida y así me pude recibir.

“En Mar del Plata dimos un trabajo sobre la categoría violencia en un momento en que la Triple A estaba atravesando nuestra vida cotidiana”

Yo trabajé en Mar del Plata con Menéndez, fui jefa de departamento, lo cual es el equivalente a ser secretaria del departamento. En esos días hicimos muchas cosas. Yo escribí el primer artículo que escribí en mi vida sobre movimientos campesinos, ese era el tema que me interesó entre el '69 y el '74, '75; tenía fichado el mundo y sus alrededores y mi idea era hacer trabajo de campo con Hugo Blanco en Perú y cosas por el estilo, eso era lo que circulaba por mi cabeza, al margen de lo poco práctico. Participábamos en Mar del Plata de una serie de cuestiones complicadas como era el hecho de la proletarización de nuestros estudiantes, es decir, nuestra participación política, por un lado, pero la participación política de ellos que sucedía en la industria del pescado o en las canteras de Batán.

¿Y en Mar del Plata estuviste cuánto tiempo?

Estuvimos desde el '69 al '74. En el '74, a principios del '75 en realidad, fue aquí en Buenos Aires la gestión Ottalagano, y en Mar del Plata el equivalente. Durante todo el '74 y esos comienzos del '75, Mar del Plata era un lugar espantoso porque estaba en actividad la Triple A, es decir, la Triple A y los muchachos de la CNU⁵ marplatense. Nadie los corrió de sus lugares hasta ahora.

⁵ Siglas que refieren a la Concentración Nacional Universitaria, organización paramilitar de ultraderecha surgida en el año 1968.

¿Qué te deja esa experiencia?

En términos de la antropología y cómo pensar una carrera, muchísimas cosas; porque, por un lado, las materias tenían el mismo nombre (nombres tradicionales, "poco sospechosos"), porque era época de dictaduras, y Eduardo Menéndez había recibido una carrera ya creada por un personaje que se llamaba Güemes de apellido y al que por lo visto no le había ido tan fantásticamente bien, y bueno, quedaba eso. Y con el mismo nombre de las materias de Buenos Aires, de pronto los contenidos eran totalmente distintos, por ejemplo, yo participé... La profesora que se tenía que hacer cargo de Etnografía Extra-americana, que era María Helena Vela, no se pudo hacer cargo. Entonces, Menéndez distribuyó entre varios la materia para prepararla y darla. La idea era que los temas que se daban, se dieran iluminando desde el presente la profundidad temporal de una formación social, el concepto clave ahí era formación social. A mí me tocó China, había que empezar por Mao e historizar. Fue realmente una experiencia muy interesante de crítica de los conceptos de la antropología y de inserción desde la antropología en lo que estaba pasando en la Argentina. Porque, por ejemplo, yo daba los prácticos de Etnología Sistemática 2 y lo que dimos como práctico fue un trabajo sobre la categoría "violencia" en un momento en el que la Triple A estaba atravesando nuestra vida cotidiana. Y, entonces, ahí vimos los textos de Fals Borda, que eran en ese momento absolutamente contemporáneos, sobre la violencia en Colombia, pero también se podía trabajar sobre recortes de diarios locales.

"El trabajo en escuelas permite acceder de una manera privilegiada a uno de los niveles de trabajo de la antropología que es el de la vida cotidiana"

Durante los últimos años de la dictadura, reaparece la Flacso en Buenos Aires. ¿Por qué digo "reaparece"? Yo me había inscripto para hacer la maestría en la Flacso en el año '75, me habían aceptado como alumna en el año '76. Cuando se instala la dictadura, la Flacso cierra, cierra por lo menos su posgrado. En el año '82, todavía en la dictadura, recibo una cartita en la que me dicen que reabren, es decir, Malvinas, el avivamiento de una serie de cosas. Para mí era como salir de abajo de las piedras, porque yo venía trabajando en Kapelusz, haciendo traducciones del alemán, esas cosas, nunca más un contacto con nadie, es decir, un nivel de aislamiento muy terrible, salvo con los compañeros que estaban afuera, con Eduardo, con Mirtha, sí, pero acá un aislamiento total. Entonces, me intereso y comienzo la Flacso. Y había un año en común en el cual había que elegir tutor, mi tutor fue Rodríguez Bustamante, para mí eso fue muy importante porque él de alguna manera me ayudó a volver a pensar como investigadora social.

¿Rodríguez Bustamante fue decano de la facultad?

Sí, fue un personaje muy controvertido. En mi vida en ese momento fue un personaje muy central, es decir, yo no podía escribir una monografía, yo escribí un tratado sobre Durkheim en ese momento, absolutamente desubicado,

como monografía de su seminario. En el segundo año se elegía orientación y uno podía seguir la orientación en Antropología, en la que eran profesores Hermitte, Herrán, Bartolomé, es decir, Herrán y Bartolomé habían sido mis compañeros, no me daba exactamente la vocación por ahí; y también estaba la posibilidad de una especialización en Educación. Yo creo que eso tenía más que ver con mis experiencias como docente y con el hecho de que yo tenía una especie de lectura no consciente de pedagogía hecha en Kapelusz, porque en realidad me había leído no todo, pero buena parte de lo que tenían publicado en pedagogía. Y así fue como cursé la especialización en Educación y Sociedad. Y ahí otro de estos personajes controvertidos que fue Cecilia Braslavsky tuvo como una especie de lugar clave, porque yo tenía que proponer un tema de tesis y me forzaba por imaginar una investigación en términos más sociológicos y, entonces, ella me dice “Sos antropóloga, tenés que hacer algo desde la antropología”, le digo “¿Cómo?”, y ella me dice “En la biblioteca hay cosas”. En la biblioteca estaba el material de *Dialogando*, existía en ese momento algo de lo que participaban Graciela Batallán y Elena Achilli que es la Red de Investigadores de la Realidad Educativa, que fue un grupo que armó, con financiamiento del IDRC ⁶canadiense, Elsie Rockwell desde México. Entonces, reunían a investigadores parte de los cuales vivían bajo dictaduras como en Argentina y Chile, y compartían estos materiales traducidos en México y multicopiados, no había Internet. Y yo accedí primero al material en la biblioteca cuando ya se le terminaba el financiamiento del IDRC para estar ahí, conocí a Graciela Batallán que trabajaba en el fondo de la Flacso, pero con la que nunca me encontré como alumna de ese posgrado. Armé mi tema de tesis sobre las estrategias educativas, la escuela en las estrategias de los habitantes de las islas del Delta, algo así, que fue mi tema de trabajo de campo prolongado en antropología y nunca fue mi tesis de la Flacso porque me quedé sin director, porque a medida que esto se fue convirtiendo en más antropológico, menos le gustó a mi director. Para mí fue la manera en que fui entrando. Leí a Rockwell en la biblioteca de la Flacso, hice la primera etapa de trabajo de campo sola, después fue el tema de mi primer UBACyT sola (trabajé simultáneamente en un proyecto en el que el director era Herrán), y entremedio conocí a Graciela Batallán, a Elena ya la conocía, pero la conocía como antropóloga de Rosario, no como vinculada a una temática en particular.

Y hoy en día continuás con esa especialización. ¿Qué hizo que no te fueras?

A mí me parece que el trabajo en escuelas permite acceder de una manera privilegiada a lo que yo creo que es uno de los niveles de trabajo de la antropología, que es el de la vida cotidiana, es decir, las escuelas son, decimos nosotros muchas veces (creo que son palabras de Ariel), ámbitos privilegiados porque en ellos confluyen cantidades de gentes que no se reúnen en otros ámbitos, es decir, en calidad de padres, en calidad de chicos/alumnos, en calidad de maestros, y así. Y, de alguna manera, son ámbitos en los cuales uno ve de qué manera se articulan múltiples niveles de nuestra sociedad. A mí me parece que,

⁶ Siglas que refieren a International Development Research Centre, organismo internacional que financia investigaciones en países en vías de desarrollo.

en la medida en que las escuelas han sido la presencia del Estado, una de las cuestiones con las que yo me enganché mucho en el Delta fue el hecho de que en las escuelas se aprende poco o mucho, se enseña con mejor o peor voluntad, pero constituyen presencias, son la presencia del Estado, y el Estado no aparece ahí como una institución monolítica, sino efectivamente como estas arenas políticas de disputa, de disputa de sentido, de cuál es el sentido de estar ahí, que no es el mismo para todos, y además es un Estado que ha ido cambiando en estos años... ya sé que viví muchos años, pero de hacer antropología por suerte tengo algo así como treinta en continuado. En esos treinta años, que para mí son muchos, pero que en la larga duración no, el Estado en la Argentina y en América Latina se ha ido transformando y el trabajo en escuelas permite seguir esto. El trabajo en las escuelas permite acceder a otra cosa que a mí me importa mucho y es a los niveles en los que yo vuelvo a lo que planteé al comienzo de la entrevista. Es decir, las escuelas son también lugares en los que la gente sufre. Más allá de las circunstancias concretas, muchas veces las circunstancias escolares implican maltratos a los recién llegados, implican maltratos que tienen que ver con el origen social, con la clase social, con las migraciones y muchas veces las escuelas también, como en la época del menemismo muy claramente, son espacios en los que se refleja mucho lo que los medios dicen acerca de determinados sectores sociales. Y respecto de eso yo creo que nosotros como antropólogos podemos trabajar, podemos discutir, podemos incidir y eso a mí me interesa mucho. El hecho de que nosotros, como resultado del trabajo en los '90, escribiéramos un texto que se llama *De eso no se habla*, que los maestros lo usan mucho, y que muchas veces después en lugares así donde uno circula nos han dicho "Me permitió ver esto", es decir... voy a volver a Rockwell, ella dice otra cosa y es que la etnografía no puede cambiar la realidad, pero sí puede cambiar nuestra mirada.

"El Colegio trabajó en la defensa de antropólogos de carne y hueso que estaban en peligro"

Yo hablaba antes de que empezáramos la entrevista acerca del papel que tuvo el Colegio de Graduados en los últimos años de la dictadura. Es decir, el Colegio trabajó en la defensa de antropólogos de carne y hueso que estaban en peligro, el Colegio trabajó en pos de la evitación del cierre de la carrera y el Colegio trabajó en el rediseño de la vuelta a la universidad de los que habían quedado afuera. Yo creo que hoy en día las funciones del Colegio, por suerte, tienen más que ver con la vida civil y en democracia. No tengo tan claro cuál es el papel legal que debería jugar el Colegio, realmente no lo tengo, pero sí que el Colegio por lo menos tendría que tener un papel respecto de la discusión de todas estas cuestiones más amplias que creo que atraviesan a la Antropología, cuestiones legales que tienen que ver con la propiedad de la información, con los derechos de las comunidades originarias, en el caso de los que trabajan con pueblos originarios y sus antepasados y todo el resto, y respecto del accionar de todos nosotros en estas cuestiones más sutiles y quizás menos judiciales, pero que tienen que ver con el respeto por el otro.

Yo creo que hay cierta cuestión en términos internacionales que no la hay en la Argentina respecto de los cuidados respecto de la información. Creo que esto es complejo y que no debería afectar solamente a los antropólogos, sino a los periodistas y otros por el estilo, que entran cuchilla en mano en la vida privada de la gente. Creo que, en ese sentido, aún en los peores momentos los antropólogos son más respetuosos. Pero, al mismo tiempo, creo que si hubiera una matrícula, los antropólogos tampoco estarían más protegidos en sus posibilidades de trabajo y no en cuanto a una vigilancia. En los momentos en los que nosotros pedimos, en los '90, al Colegio de Graduados que se expidiera sobre algunas cuestiones que tenían que ver con la vida universitaria, yo ahí descubrí cuáles eran los límites de un Colegio que no es un Colegio. Y al mismo tiempo no sé qué hubieran podido decir, me refiero a algunos profesores invitados a la facultad que fueron acusados de inconductas y cosas por el estilo. Creo que visto diez o veinte años después uno se sonríe un poco y quizás qué suerte que no podía expedirse como para ponerle bonetes a alguien, bonetes de época.

Bueno, la cuestión de la ética es un tema que desde que uno empieza a hacer trabajo de campo en adelante, explícita o implícitamente debería estar en nuestra cabeza como antropólogos. Esto justamente respecto de las escuelas, respecto de los maestros, respecto de los padres, los chicos, es crucial y a veces es complicado, es decir, a nosotros nos pasó algo haciendo trabajo de campo para la investigación, que finalmente lleva a la publicación de *De eso no se habla*. Veníamos supuestamente siendo muy cuidadosos no diciendo en qué escuelas trabajábamos, inclusive teníamos en esos momentos un cuidado mayor, cuidado que después de lo que les voy a contar ya decidimos que no tenía sentido, que era no trabajar en escuelas que estuvieran previamente tipificadas como "la escuela de los bolivianos", o como "la escuela de los paraguayos", para que luego no se identificaran. Y, entonces, trabajábamos en lo que nosotros suponíamos que eran escuelas tipo de la Ciudad de Buenos Aires. Hete aquí que al caracterizar luego cuál era la composición de las escuelas, al mencionar que en tal escuela había niños bolivianos o qué sé yo, automáticamente desde la prensa, pero también desde alguna supervisión de distrito de la Ciudad de Buenos Aires, consideraron que nosotros estábamos caracterizando escuelas sí tipificadas de la zona sur, con lo cual supuestamente estábamos deschavando o poniendo en el aire cosas que tenían nombre y apellido. Ahí descubrimos que realmente no solamente los antropólogos, sino también toda la gente, cuando lee, vive permanentemente tratando de ver dónde sucedió esto, y que en realidad los cuidados que nosotros tenemos que tener al escribir, al cuidar nuestros sujetos, no son simplemente el cuidado de enmascarar su identificación con nombre y apellido, sino que de alguna manera también toda la reconstrucción que hacemos exige mirada ética. Pienso en algunas de ustedes que trabajan con jóvenes, es decir, ciertas reconstrucciones terminarían abonando la imagen del joven transgresor, cuando en realidad puede ser una mandada de parte de un pibe delante de un grabador. Entonces, yo creo que hay cuestiones como de fondo y es ¿a quién le sirve lo que yo escribo, lo que yo publico? Yo creo que ahí está el límite y que, de alguna manera, a veces si es que yo me logro dar cuenta de que en realidad una información mal recortada eventualmente va a terminar

abonando estos clichés que hay acerca de grupos sociales en nuestra sociedad, también por ahí pasa la ética, nuestra ética, el darnos cuenta de que sacar de contexto es a veces tan grave como ponerle nombre y apellido.

Me arrepiento de los permisos. Hay muchas cosas de las que no me puedo arrepentir acá porque no me debo arrepentir delante de un micrófono, de esas no voy a hablar. Pero me arrepiento de los permisos que me di. Me di permisos del tipo ser secretaria académica, ser directora de la carrera, cosas por el estilo, y por eso no podía escribir mi tesis. De ese permiso me arrepiento. Por eso digo a veces que voy a escribir un libro sobre las escuelas del Delta que debería ser esa famosa tesis o la tesis de doctorado que nunca escribí, que tiene índice, todo, pero que no escribí, eso sí.

¿Qué me hace feliz de ser antropóloga? En realidad, queda mejor ponerse en posturas así como más melancólicas... No, la verdad es que disfruté mucho trabajando estos años en la universidad. Me gustó mucho y lo digo en tiempo pasado porque estoy haciendo mi trámite de jubilación que espero que no me aleje de la facultad, pero me gustó mucho trabajar con gente joven. Sigo poniéndome muy nerviosa y temblando a veces cuando voy a dar clase, antes de empezar a hablar, pero me gusta dar clase. Eso lo disfruté mucho. Me gusta mucho imaginar que eso que era medio como una oportunidad tramposa que en realidad no existía, que era lo que visualizábamos cuando éramos estudiantes, es decir, que la antropología podía transformar el mundo social, bueno, eso no sucede, pero quizás ayudar o transmitir un poco de ganas por la participación política y por la manera en que la antropología le permite a uno objetivar, por un lado, las relaciones de poder y, por otro lado, meterse participativamente en ella. Para mí el pensar los espacios políticos en los cuales hemos estado metidos todos estos años, el espacio de la facultad, pero también el espacio del país, el hecho de que en una materia como Sistemática 1, hayamos seguido lo que pasaba con los piquetes que sucedían en Salta y en el sur con la privatización de YPF... todavía tengo las monografías que se hicieron en ese momento... Es decir, el hecho de que la antropología en ese sentido permite acceder a estas cuestiones que suceden en lo cotidiano y que tienen que ver con cuestiones estructurales brutales que están sucediendo simultáneamente, pienso que eso es la fuerza de la antropología y es lo que me liga a ella.